

le-Comte; y si las frías brisas que lo habían acariciado en la aurora indecisa de la vida, no le helaron las fibras más sensibles del corazón, fué porque tuvo un seno muelle en que recostar su delicada cabeza, y un aliento tibio y amoroso que lo abrigara en la apacible tranquilidad de la noche; contó con los nímios cuidados de una santa, sin que por esto fueran menos tiernos y conmovedores; se le prodigaron, al fin, las dos cosas más caras que ambiciona el hombre y que más le afectan desde la infancia, como ha dicho un elocuente y delicado escritor: Una lágrima y una sonrisa.

Se bautizó con el nombre de Jean-le-Rond, que más tarde debía hacer célebre con el de D'Alèmbert, al hijo de *Madame de Tencin*: notable por las inquietudes vanales de su espíritu, como por los encantos atrabiliarios de su belleza, y del jactancioso comisario provincial de artillería: *Destouches* apellidado *Canon*, para que no se le confundiera con el poeta dramático del mismo nombre.

D'Alèmbert desde los primeros albores de su niñez, anunció al mundo que contaba con excepcionales dotes para comprar, á fuerza de talento, lo que sus padres le negaban á fuerza de infamia: Un nombre; sin embargo, cuando su apellido floreciente le conquistó una honrosa distinción, Madame de Tencin entre la cual era recibido, le hizo conocer, según se dice, el secreto de su nacimiento; pero el joven recibió esta confesión con una dignidad fría, y declaró, que no reconocería como verdadera madre, más que á la pobre mujer que había alimentado con su